

Capítulo 1

LOS COMIENZOS

Tras una infancia feliz y una adolescencia quizás demasiado prolongada, en la que llegué a abandonar temporalmente mis estudios preuniversitarios, al fin comenzaba a cambiar mi suerte o, dicho más propiamente, mi circunstancia. Conocí a una chica, nos enamoramos y nos hicimos novios. Con la llegada del amor comencé a hacerme cargo de mí mismo, recuperé el control de mi vida y descubrí, al fin, mi verdadera vocación: ser médico. Puse el “turbo”, terminé rápidamente el “Preu” y me matriculé en Medicina. Fue ésta una etapa muy feliz en la que descubrí claramente el sentido de la vida o, mejor dicho, el sentido de *mi* vida.

Octubre de 1967. Comienza el curso académico en la Facultad de Medicina de Sevilla. Son casi las ocho de la mañana; un numeroso grupo de alumnos de primer curso charlamos animadamente en el pasillo esperando, con disimulada emoción ante lo desconocido, el comienzo de nuestra primera clase de Técnica anatómica 1. A las ocho en punto se abren las puertas de la sala de disección y, de inmediato, se hace un silencio sepulcral. Ante nuestros atónitos ojos aparece una enorme y fría sala, con numerosas mesas de mármol llenas de cadáveres y una gran cruz negra de madera al fondo (figura 1). Un penetrante y desagradable olor a formaldehído inunda toda la sala.



Figura 1: Sala de disección de la época, sin cadáveres.

Vamos entrando tímidamente en silencio y los profesores nos van distribuyendo por las respectivas mesas, a razón de ocho alumnos por cadáver. A mi grupo le tocó el que llamaríamos más tarde *el muerto verde*, un hombre de unos sesenta años que probablemente habría fallecido de un cáncer que le provocó obstrucción de las vías biliares, de ahí su color verdoso.

Todos los cadáveres parecían muñecos de goma, ya que sus cuerpos estaban tumefactos y habían sido completamente rasurados. El primer día fue prácticamente de “toma de contacto”, pero en los días posteriores ya habíamos cogido confianza y tratábamos a nuestro cadáver como si fuera uno más del grupo. Recuerdo que uno de mis compañeros fumaba mientras disecaba, y colocaba el cigarrillo en la mesa de mármol a un palmo del cadáver. En cierta ocasión, aprovechando que ninguno de los profesores se encontraba en aquel momento en la sala, varios de mis compañeros pusieron de pie a nuestro muerto verde y se fotografiaron con él con la mayor naturalidad del mundo. Yo no participé en aquel “numerito” porque me pareció irrespetuoso, pero estoy seguro de que mis compañeros lo hicieron como un acto de camaradería al considerar a nuestro muerto como uno más del grupo.

En aquella época, la mayoría de los varones aún no teníamos experiencia en ciertas tareas domésticas, como la costura, por lo que cuando cortábamos inadvertidamente con el bisturí algún nervio, arteria o vena, llamábamos a alguna compañera, la cual, amable y primorosamente, nos reparaba con aguja e hilo el desaguizado. Cada día, al terminar la clase, cubríamos con un paño impregnado en formaldehído las partes disecadas para que no se corrompieran o se desecaran (figura 2).



Figura 2: Estudiantes de Medicina de la época disecando cadáveres. Obsérvense los paños cubriendo algunas zonas para su adecuada conservación.

Durante todo el curso académico 1967-1968 practicábamos a diario disecando las distintas partes del cadáver, siempre bajo la atenta mirada de los distintos profesores de la asignatura, al frente de los cuales estaba D. Juan Jiménez-Castellanos y Calvo-Rubio (figura 3), Catedrático de Anatomía, del cual guardo un grato recuerdo por sus grandes cualidades científicas y humanas. Su ejemplo de bonhomía, sentido del deber y buen hacer profesional me han acompañado durante toda mi vida.



Figura 3: Prof. Dr. Jiménez-Castellanos

Cualquiera que haya estado en Sevilla en verano comprenderá sin dificultad lo que relataré a continuación. Aunque, como ya he mencionado, nos ocupábamos diariamente de la conservación del cadáver, al acercarse el calor estival hicieron su aparición los gusanos, al mismo tiempo que el hedor a cadaverina y formaldehído se hacía insoportable, aunque yo estaba tan motivado y “lanzado” que nada ni nadie hubiera podido hacerme desistir de mi pretensión de ser médico.

Además de Técnica Anatómica 1, en el primer curso estudiamos también otras asignaturas muy interesantes, como Anatomía humana, Histología y Embriología general, Bioquímica y Fisiología general. Mediante el estudio teórico-práctico de todas estas materias íbamos comprendiendo poco a poco la estructura y el funcionamiento del organismo.

En el segundo curso volvíamos a estudiar Anatomía y Técnica Anatómica, pero esta vez orientadas hacia los sistemas y órganos más importantes del cuerpo,

especialmente el sistema nervioso central. En la sala de disección estudiábamos al detalle las diferentes estructuras cerebrales y las funciones que ejercían cada una de ellas. Así conocimos, entre otras muchas, el *área motora*, responsable de dar la orden de *movimiento* a las distintas partes del cuerpo, o el *área de Broca*, que hace posible el *habla*, patrimonio exclusivo del ser humano (Figura 4).

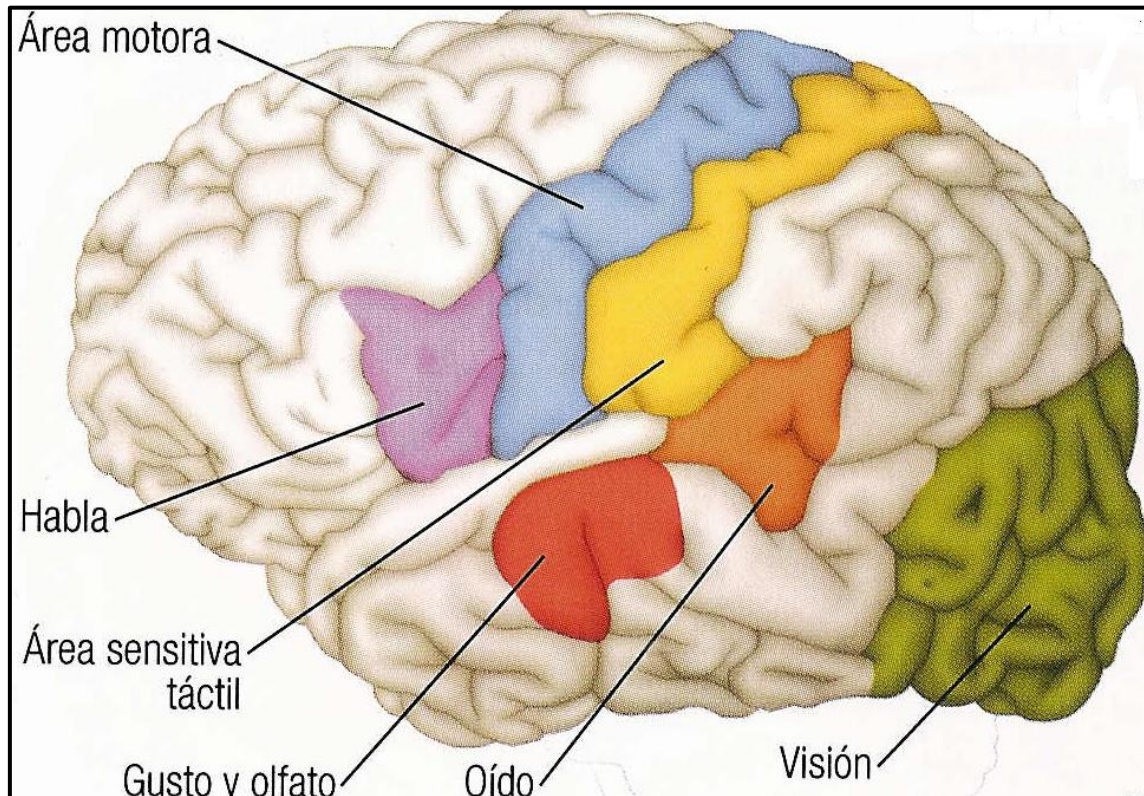


Figura 4: Algunas áreas funcionales de la corteza cerebral.

Mi primer contacto digno de mención con un enfermo ocurrió en el tercer curso, mientras hacía prácticas como alumno interno voluntario en la asignatura de Patología General. Era de noche; entré en una de las salas (figura 5) del *Hospital de las cinco llagas*, sede actual del Parlamento de Andalucía. La escena que contemplé era patética: la sala estaba en penumbras y un chico de unos veinte años agonizaba mientras su padre lo velaba sentado a los pies de la cama. Momentos después comenzó a presentar vómitos fecaloideos y seguidamente dejó de respirar. Sin dudarle ni un solo instante comencé la reanimación cardio-pulmonar con respiración boca a boca, mientras con mi pañuelo limpiaba como podía los restos de vómitos de su cara. Cuando llegó el médico de guardia me dijo que parara las maniobras de reanimación porque ya había muerto, para seguidamente encomiar lo que había sido capaz de hacer y vaticinarme que yo sería un buen médico. En aquel momento me sentí plenamente realizado como ser humano y comprendí sin ningún género de dudas que, al fin, había encontrado mi camino en la vida. Días más tarde, la necropsia practicada al cadáver del joven reveló que la causa de

la muerte había sido un linfoma maligno que le provocaba obstrucción intestinal, de ahí que presentara vómitos fecaloideos.

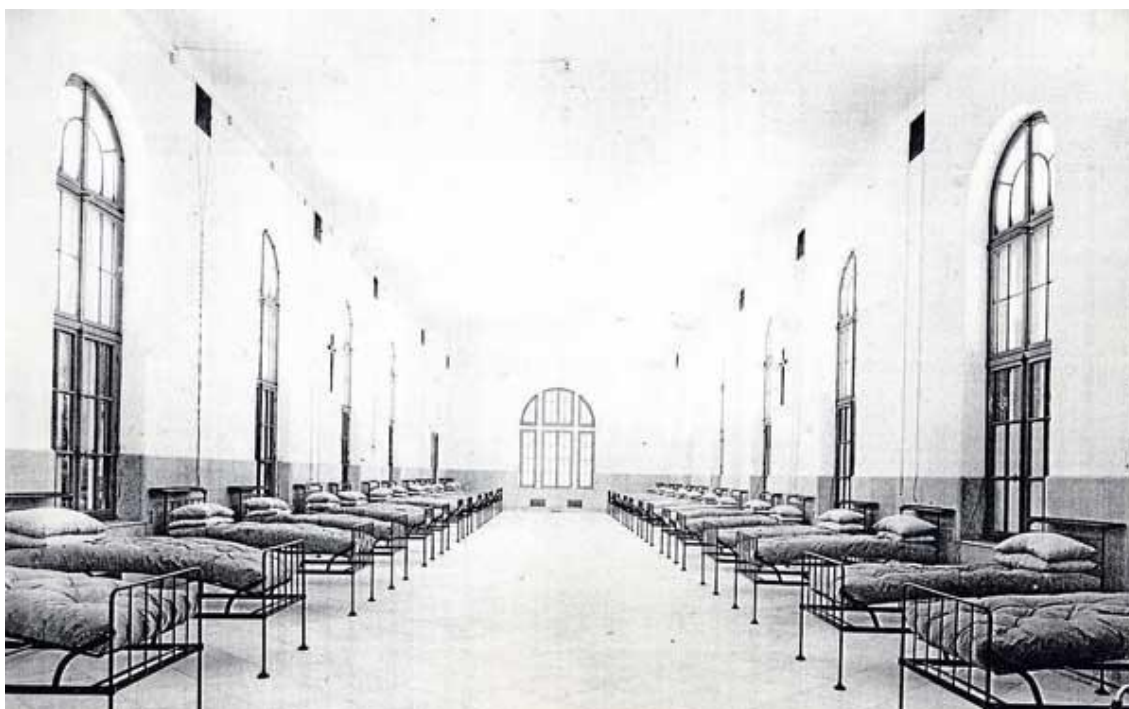


Figura 5: Sala de un hospital de la época.

A finales del tercer curso ocurrió un hecho que me afectó enormemente en aquel preciso momento: mi noviazgo, que había sido el acicate de mi nueva vida, se fue por el desagüe después de tres años y medio. Esto me sumió en un profundo abatimiento. Los exámenes finales estaban a la vuelta de la esquina y mi moral andaba por los suelos; sin embargo, como ya he comentado, con la llegada del amor había recuperado el control de mi vida y éste, afortunadamente, ya no volvería a perderlo nunca más. Además, mi motivación seguía intacta y aunque sentía una astenia tan intensa que me obligaba a estudiar en la cama, no por ello dejé de cumplir con mis obligaciones y conseguí aprobar con calificaciones notables todas las asignaturas en junio. Terminaba así mi “etapa sevillana” en la que, en sus últimos años, viví situaciones que hoy calificaría de *espejismos* pero, sin duda, en aquel momento me sirvieron para encontrar mi camino definitivo en la vida.

Por motivos del traslado familiar a Cádiz, a partir del cuarto curso continué la carrera en esta hermosa ciudad. En ella encontré de nuevo el amor, que esta vez llegó para quedarse. Recuperé la felicidad y la estabilidad en mi vida; me casé, llegaron los hijos y, con el paso de los años, también los nietos. Han pasado nada menos que cincuenta y un años desde que entré por vez primera en aquella sala de disección que marcaría para mí el comienzo de una nueva vida. Considero que ha llegado la hora de volver un poco la vista atrás, con esa mirada serena que proporciona el paso de los años

y que me permite reflexionar en voz alta sobre el *primum movens* de mi vida profesional: el *hombre*, ante la salud, la enfermedad y la muerte.